

## EL DESTELLO INTERNO

La fotógrafa camerunesa Angèle Etoundi, se internó en el Pacífico y en el Caribe con una cámara que parecía pintar de todos los colores el universo de las mujeres afrocolombianas de todas las vertientes: San Andrés, San Basilio de Palenque, Cartagena, Quibdó, Guapi, Cali...

Durante muchos años, la imagen que se ha dado del mundo afro, sobre todo del Pacífico, es el de un tedioso verde selvático o un oscuro de las aguas costeras, un mensaje que envió Robert C. West en su libro *Las tierras bajas del Pacífico colombiano*. Casi sesenta años después, Angèle, nos muestra un colorido que parece romper el viejo enfoque. Un colorido que así sea puesto en los hombros y caderas de las mujeres, y así el medio exterior se aisle, no se vuelve artificial, surge de la luz de las miradas, del horizonte inalcanzable, del resplandor vertiginoso de la naturaleza que las rodea, de las vidas interiores que estas mujeres le entregan al mundo en destellos solo comprensibles por quien las mira de cerca y sin prejuicios.

Cada fotografía, en ese instante de luz, nos entrega una vida personal, pero también siglos de vidas anteriores que forjaron las comunidades que hoy se asientan dispersan en los ríos, en pequeños poblados, en islas o en atiborrados espacios urbanos como Cartagena, Buenaventura y Tumaco o en urbes mayores a donde las arrojó una diáspora consentida o forzada. Son todos estos escenarios de desplazamientos y despojos, donde se han forjado resistencias sin términos, de una manera u otra, siempre con las mujeres como aliento vital de la marcha o del asentamiento.

## UNA TEATRERA FRENTE AL MAR DE LOS SIETE COLORES

Marilyn Biscaíno Miller

### San Andrés

Teatrera, sanandresana y por lo tanto raizal, directora y creadora de la Fundación Trasatlántico de San Andrés, ha dedicado sus esfuerzos a trabajar con niños de escasos recursos y en situación de vulnerabilidad. Dirige el Festival Internacional de Teatro de San Andrés y Providencia, que se realiza cada año en la última semana de septiembre. Su monólogo *Come back*, en inglés, español y creole, personifica a muchas mujeres del archipiélago.



*Foto Angèle Etoundi*

Su natal isla San Andrés es conocida como por el llamado “Mar de los siete colores”: los arrecifes de coral, las algas y el cielo marino imprimen coloridos en el agua difíciles de hallar en otra parte, así como todos los encuentros y desencuentros étnicos de los raizales son casi únicos en la Colombia nuestra.

El vestido que muestra en la fotografía es un traje que se rehace en el monólogo y va asumiendo las formas de los distintos personajes-mujeres que hablan en la obra teatral de la que ella es co-autora.

El origen del Monólogo ¡Combak!. ¡Combak!, ella lo narra así:

*El año pasado, Marllyn Biscaino, fundadora del Transatlanb'c Theatre, invitó al director y dramaturgo Juan Carlos Moyano a crear una pieza teatral donde se hablara de las cosas esenciales de la condición femenina en la historia de un archipiélago que posee características culturales singulares y puntos de conflicto poco o nada conocidos por la gente del continente. De alguna manera San Andrés, que en siglos anteriores se llamó Henrietta Island, tiene espíritu de mujer y, en la isla, las mujeres suelen sentirse aisladas de sí mismas, cuando tienen que lidiar con problemas fundamentales como la soledad, la sobrevivencia y el desamor.*

*En el montaje, las mujeres de una isla situada en el corazón del Caribe doblan y desdoblan el destino de la vida cotidiana, con oficios y nostalgias, con ternura y persistencia, mientras que los hombres van y vienen, como la espuma del mar. Los mejores hombres, los más hábiles y atrevidos, son navegantes o pescadores. Muchos son devorados por las aguas o se vuelven prisioneros de la mala suerte y nunca retornan.*

*La realidad del Caribe suele ser mágica y un poco disparatada y quizá por eso ¡Combak!, ¡Combak! Es una propuesta caribeña y contemporánea, en el sentido escénico, en el planteamiento estético.*

*Marilyn Biscaino Miller interpreta a su abuela que vino de New Orleans, con su música esencial con aire de blues y de nostalgias, con gritos locuaces y un inglés decimonónico. Parte de su otra abuela isleña, del ambiente religioso de las viejas épocas, de las conflagraciones interiores, de los choques constantes con las culturas y las gentes del continente, que nunca han comprendido lo que existe tras del aspecto puramente turístico. La actriz se acerca al recuerdo de la infancia, cuando ella misma vivió las consecuencias de la exclusión y la incertidumbre respecto a la propia identidad.*

*En otro momento, es una muchacha capaz de sentir, de soñar, de erotizar el mundo mientras descubre los arrebatos del cuerpo y los huracanes amorosos. Podría ser una madre de San Luis, La Loma o Barrack, luchando constantemente con las obligaciones que no cesan y con el cambio de costumbres y valores. Batallando quizá contra el destino o tratando de remediar la ausencia de algún hijo comprometido en los viajes ilícitos de lanchas rápidas que surcan el Golfo de México. La obra es un grito, un susurro, donde la mar, los vientos y la tierra arden en el fuego del corazón femenino.*

***¡Combak! ¡Combak!** Quiere decir, en creol, **¡Regresa! ¡Regresa!** y es una forma de sugerir el regreso a la raíz, a sí mismo, a la memoria perdida, a lo más sensible de la historia de una territorialidad que geopolítica y sociablemente se estremece entre los maremotos de una historia que Colombia y los colombianos tendrían que entender para no seguir equivocando el rumbo respecto a un lugar y a una cultura que demandan una comprensión especial.*

## LA PICARDÍA DE VIVIR TODOS LOS AÑOS

Leonor Caicedo (La Melliza)

Guapi



*Foto Angèle Etoundi*

Desde hace muchos años, La Melliza llega muy temprano al mercado orillero de Guapi, armada de un paraguas y el infaltable sombrero de trenzas. Su mirada llena de picardía delata los largos tiempos de una vida difícil pero llena de regocijos, como las duras matronas como ella fueran las inventoras de la *resiliencia*, un término usado por psicólogos para definir la capacidad de negociar con los pequeños desastres cotidianos o con las grandes catástrofes.

Mirada de río, de vendedora de pescados y frutos orilleros; mirada que convence sobre la inutilidad de amargarse por el destino y en lugar de eso ofrecer la posibilidad de una risa

desmedida en medio de los hombres y mujeres que circulan por todos los costados de la orilla, olorosos a aire marino, a vegetales, a barro.

Pero el atuendo no es menos significativo. La escena es parte de la manera como se concibe el mundo ribereño. El colorido muestra el orgullo con el que se enfrenta la vida, la dignidad con la que se puede haber sufrido pero también cómo se ha gozado cada vez que ha sido posible en las lejanas *marimbiadas* de los caseríos o de los barrios que se inundan con las *pujas*<sup>1</sup> o con la alegría de cada Nochebuena.

---

<sup>1</sup> Época de mareas altas.

## UNO TIENE QUE PARARLE BOLAS A LOS SUEÑOS

*Blanca Pana*  
Uribia - Guajira

Los sueños, en cualquier cultura, han sido siempre considerados como una puerta hacia el mundo desconocido, hacia el otro lado de la vida. “Uno tiene que pararle bolas a los sueños; porque mire, cuando yo nací, fui sietemesina, entonces mi mamá decía que yo me moría. Pero mi abuela no se dio por vencida y me sobaba leche de cabra caliente, me la echaba con algodón en la boca. Duré muchos días así”.



Foto A. Vanin

Una noche su abuela se durmió muy cansada de tanto trasnocho y soñó que su papá venía en caballo con varios amigos. Entonces el papá le pregunta cómo sigue la niña. Le responde que la niña está muy mal, que ella cree que se muere. Entonces él le dice: “No, dame un trago de ese chirrinchi<sup>2</sup> que tienes en esa botella”. Y luego le dice: “Busca una

---

<sup>2</sup> Aguardiente elaborado artesanalmente por los indígenas wayúu, destilado de la panela.

cabritona negra, pero que sea negra toda y que tenga la frente blanca, que no la hayan montado los chivos”.

Fiel a ese mandato, tan pronto como pudo despertó a un sobrino y le dijo que buscara la cabritona negra con una mancha en la frente. El sobrino la encontró. Luego ella derramó todo el chirrinchi en el suelo. El papá le había dicho que matara esa cabritona para que comieran todos los amigos que venían con él, todas las ánimas que venían con él. La abuela mató la cabritona y guindó las carnes, derramó el chirrinchi y le hizo sobijos a ella con ese aguardiente.

La madre le pidió al sobrino que ordeñara la cabra de la que le daban siempre la leche. Cuenta la abuela que como un milagro, tan pronto como hirvió la leche y le empezó a dar con las motas de algodón y comenzó a tragar, la niña abrió los ojos. “¡Ay mi muchachita va a vivir!”, dijo la abuela. Y le siguió sobando aguardiente. Entonces ya tarde en la mañana le dice a una sobrina que vivía con ella que picara ese chivo y lo hiciera friche<sup>3</sup> y lo pusiera en una bandeja en la mesa. Más tarde, a la gente que llegaba en busca de chivos o de cualquier otra cosa, ella le ofrecía esa carne.

“Nací en un pueblo que llaman Cañizales, una ranchería. Después de eso ella me levantó, me crió fue mi abuelita, porque mi mamá decía que para qué gastar esfuerzos si yo me iba a morir”. La trajeron de ocho años a Uribia a un internado, vivió allí mucho tiempo. Les enseñaban a bordar, les enseñaban “buenas costumbres, a respetar a los mayores, auncuando eso viene de casta, de la cultura. Allí aprendimos muchas cosas buenas que les agradecemos a las monjas. Pasamos trabajo en el sentido de que la alimentación no era muy buena, pero el estudio sí. Se llama el Internado San José. Lo han mejorado bastante. Cuando yo estudié la construcción era de barro, el piso pura arena. Nos tocaba rellenar los huecos. Ahora está bonito. Ahí hice hasta quinto de primaria, no había bachillerato. Después me fui a Riohacha. Tuve siete hijos, cinco varones y dos hembras. La última tiene 22 años y está en la Universidad en Riohacha.

---

<sup>3</sup> Preparación del chivo, en su propia grasa.

“Desde hace ocho años estoy viviendo en el Cabo de la Vela que es la tierra de mi mamá y de mi abuela. Así pasó conmigo. Y gracias a Dios aquí estoy, he llegado a 64 años, he vivido sana”. Gracias a que su abuela hizo caso de un sueño.

## FORTALECEMOS LAS REDES DE LA NATURALEZA Y DE LA VIDA

### ASOPARUPA

#### Buenaventura

El nombre de Asoparupa es el primero que llega a la memoria cuando hablamos de las parteras del Pacífico. Durante mucho tiempo, las parteras de la región han atendido a incontables parturientas de ríos y playas, de campos y poblados. Han sido tradicionalmente mujeres mayores, encargadas de los nacimientos de los niños y niñas de sus pueblos y de los alrededores, sin mayor retribución que las gracias, o algunos frutos de cosecha, o un animal del corral criado por la familia para eventos especiales.

En Tadó, en Buenaventura, en Salahonda, en López de Micay, en Tumaco, en Guapi, en Barbacoas, en los laberínticos esteros, se convirtieron por derecho propio en las *comadres* de los jefes y las jefas de familia, en las segundas madres de los niños nacidos en sus expertas manos.



*Foto Angèle Etoundi*

Han sido siempre mujeres prestigiosas, poseedoras del conocimiento de la curación con las hierbas, capaces de “enderezar” a las criaturas a su nuevo mundo mediante masajes que hoy son obviados por los médicos para ganar tiempo con las cesáreas.

Con ese respaldo de siglos, las parteras de las comunidades negras en Buenaventura crearon Asoparupa (Asociación de Parteras), en 1988, a partir de experiencias y conversatorios en el Hospital Santa Helena. Legalizaron su organización en 1992 que cuenta ahora con 20 parteras en su Asamblea General. Su Misión la expresan de una manera donde lo tradicional se mezcla con la modernidad:

*Busca conservar los saberes ancestrales culturales, y la práctica de la medicina tradicional con los conocimientos científicos, fomentando la unidad, solidaridad interculturalidad, para estar siempre en una búsqueda permanente de saberes que nos ayuden a complementar y articular el sentido de pertenencia y de compromiso comunitario que nos anima a vivir en el Pacífico colombiano ya que somos gestoras en apoyo a la vida.*

La representante y gestora de esta empresa médico-cultural es Rosmilda Quiñónez, una madura luchadora nacida en 1950 en Payán, cabecera municipal de Magüí, en la costa nariñense. Su empeño la llevó a ser enfermera auxiliar, a trabajar en distintos frentes, entre ellos en el Instituto Etnoeducativo Manuel Zapata Olivella –IMZO- que alfabetiza a parteras de zonas rurales y acopia conocimientos, perfeccionándolos a la luz de las dos medicinas: la occidental y la ancestral.

El radio de acción se extiende a pueblos rurales de Buenaventura y del Chocó, donde se realizan encuentros para avanzar en los conocimientos y en las prácticas de las parteras o comadronas. Acaban de participar en el VI Encuentro y III Congreso Internacional de Parteras “Escucha la Vida, hacia una ecología del nacimiento”, celebrado el pasado 8 y 9 de septiembre del 2010 en las instalaciones de la CGT en la ciudad de Bogotá.

Como incansables protectoras de la vida, cultivan plantas medicinales, forman redes de trabajo de parteras y reciben cursos con médicos cubanos, brasileños, colombianos y de otros continentes, con el apoyo de instituciones locales, departamentales y nacionales.

En el IMZO iniciaron con 180 parteras estudiantes, con aumento gradual, lo que garantiza una alta calidad y un gran cubrimiento en la zona, porque han logrado que las parteras sean capaces de atender a sus pacientes mediante un plan específico, perfeccionado a partir de sus conocimientos ancestrales, y de remitirlas a los hospitales y clínicas, cuando la situación lo exige. Por lo mismo, ellas pueden seguir atendiendo en los hogares y tienen toda la licencia para hacerlo en las instituciones hospitalarias.

Frente a la campaña de exterminio que invade al Pacífico, estas mujeres siguen resistiendo, fortaleciendo las redes de la naturaleza y de la vida.

## LA MÚSICA Y LA ALEGRÍA VAN DE LA MANO

*Eulalia Torres*

**Guapi**



*Foto Angèle Etoundi*

Si alguien quiere saber de la vida de Eulalia Torres, es necesario contarle que nació en la vereda de Sansón, Guapi, en la casa grande de los Torres, los emblemáticos músicos del Pacífico; que es hija de Félix Torres y prima del maestro Gualajo.

Sus padres emigraron a Buenaventura era cuando era muy joven, pero ella se quedó en su pueblo, “un pueblo sabroso, aunque ahora lo hayan dañado con tanta violencia.”, dice con acentuada nostalgia.

Con 73 años cumplidos, vive en el pueblo de Guapi con algunos de sus hijos. Eulalia es una mujer que construye guasás, el instrumento típico de las mujeres del Pacífico sur en los conjuntos de marimba; es cantadora, y para completar sus ingresos vende plátanos y naranjas en el mercado del pueblo.

“No dejo de cantar nunca, dice, porque:

*Los brazos no se han quebrado / ni la boca se ha cerrado.*

## TODOS LOS COLORES CABEN EN NOSOTRAS

### Palenqueras en Cartagena

San Basilio de Palenque no solo fue el primer gran palenque de Colombia, sino que también creó la imagen más reconocible de Cartagena, después de sus murallas y sus callejuelas de balcones antiguos. A las mujeres palenqueras, con sus grandes platones sobre la cabeza, las vistieron de trajes floridos para darles una nueva cara en la ciudad.



*Foto Angèle Etoundi*

Pero la imagen que presentan a menudo hace olvidar sus orígenes en un pueblo fundado por cimarrones en las cercanías de los Montes de María, muy cerca del Palenque que creó Benkos Biohó en el siglo XVII. Los palenqueros se han dispersado por el Caribe continental e insular de Colombia (en San Andrés son bastante conocidos), y se encuentran en plena revitalización de su lengua. La Unesco declaró al pueblo Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad en 2009 como un reconocimiento a un pueblo que representa el dinamismo de una cultura de origen africana y colombiana, con características que la convierten en única en el continente americano. “Uno es palenquero esté donde esté”, dicen sus

nativos. Y es cierto: un palenquero se conoce a leguas. Y una palenquera en Cartagena es una tradición que se vuelve indispensable , así sea atravesada por el turismo.

La fotógrafa camerunesa Angèle Etoundi supo captarlas en todo su colorido, y duplicarlas en el espacio reducido de la ciudad amurallada. Amurallada por los antepasados de los hombres que hoy viven fuera de sus murallas, pero cercados por la desigualdad social y la

## LA MUERTE PESA DEMASIADO

*Maité Epiayú*

**Manaure**

Su nombre es *arijuna*, pero ella es de pura cepa wayúu, descendiente del clan Epiayú. Nació y creció en la Alta Guajira, en Bahía Portete, una zona árida, un puerto donde se cometió -en 2004- la peor masacre contra los wayúu en tiempos modernos.

Bahía Portete es ahora un pueblo fantasma, el puerto se trasladó a otro lugar situado a unas tres horas de camino. Los wayú se opusieron –dice Maité- a que siguiera funcionando porque lo consideraron el origen de la tragedia. Un territorio estratégico para el tráfico de drogas y armas.



*Foto A. Vanín*

Su voz es lenta, debilitada por sucesos que no logra entender todavía, y la arrojaron a un pueblo para ella desconocido, con tres hijos. Pero aun así accede a contar su historia, mientras los hijos menores juegan alrededor del chinchorro, bajo el techo de palma del quiosco.

Su padre era pescador, como lo es su marido actualmente. Su madre le enseñó a tejer, a hacer chinchorros, para que aprendiera algún oficio propio de su cultura. Con ese oficio se generaban ingresos que se invertían en la compra de chivos para abastecer la comida de la casa.

Vivían bien, hasta que llegó el momento en que se presentaron unos asesinatos de los paramilitares contra unos vecinos, en el 2003, según sus cuentas. Llegaron en unas camionetas Toyota blancas. La familia –el padre, la madre, ella, sus hijos y su marido– huyó entonces a Media Luna, pero luego el Gobierno les dijo que retornaran a sus hogares, que no iba a pasar nada y ellos así lo hicieron. Volvieron a su territorio.

La pesadilla ahora cobró cuerpo. Al mes llegaron unos señores buscando a su padre, en una Toyota igual a las anteriores. Le preguntaron dónde estaba su papá, que lo iban a matar. Ella les contestó que no sabía, que él era su padre pero no era familia de ella. Lo cual –por extraño que le parezca a un *arijuna*– es completamente cierto en la cultura wayú, donde el parentesco se establece por vía materna, cuyo clan es el que adoptan los hijos.

Como no estaba el padre, arremetieron contra la madre, le preguntaron dónde estaba el marido, pero ella no dijo ni una palabra. La asesinaron en el chinchorro, delante de Maité y de su hijo mayor. Ella cargó con el cadáver de su madre y volvió a medialuna. La enterró y continuó su viaje hacia Manaure. “Porque los hombres wayúu enfrentan los conflictos y las mujeres somos las que parimos y enterramos a los muertos”, dijo una profesora indígena. El niño, que entonces tenía cuatro años y ahora tiene 11, huía a toda prisa, lleno de espanto, cada vez que veía una camioneta blanca, hasta que el tiempo lo fue ayudando a superar el trauma.

Las circunstancias de la muerte de la madre –Dilia Epinayú- fueron contadas al detalle después. Al padre de Maité lo buscaban porque él había puesto un denuncia contra los actos irregulares que estaban cometiendo los grupos armados en Bahía Portete. La madre –cuentan los parientes en Manaure- era vidente y soñó que ese día asesinarían al marido. Ella lo hizo huir, sabiendo que se exponía. El ejército estaba cerca de Bahía Portete, pero precisamente ese día no estaba. Fue un acto heroico de mujer, un sacrificio en nombre de la familia, que sufriría los preámbulos de la gran masacre de Bahía Portete, donde murieron 12 personas, niños entre ellas, y 23 más fueron desaparecidos. El acto criminal generó el mayor desplazamiento de la etnia wayúu: más de 300 personas huyeron a Venezuela, y algunas mujeres –siempre las que deben recoger a los muertos- volvieron para preguntarles a los autores de la masacre: “¿Por qué mataron a nuestros familiares?”

En Manaure no ha terminado aún el viaje de Maité y de sus hijos. Ella tiene ahora 33 años. Es joven, pero está marcada por la tragedia. No volvieron a Bahía Portete. La abuela murió y no pudo ir a enterrarla. La pesca artesanal produce solo para el consumo diario. El marido trabajaba como estibador en Bahía Portete y tenía pasaporte, todos sus documentos. Los perdió en la huida. El padre de maité, entretanto sigue en Medialuna, de donde es el clan.

Maité es ahora solo ama de casa, teje cuando consigue para comprar los hilos. Donde viven es una casa ajena que ellos cuidan, y ya les dijeron que debían buscar donde irse a vivir.

Algunos familiares le han pedido que regrese a Bahía Portete –dice con voz más animada- , que allá los recursos del Resguardo sirven para comprar hilos. Pero ella no quiere volver. Aunque la comunidad wayúu no ve la muerte como una tragedia, en este caso el peso de la muerte es demasiado grande.

## **EL LIDERAZGO ES COMO UN VICIO**

**Cenobia Heredia Salas**

**Arjona (Bolívar)**

Estas palabras pudieran considerarse una herejía en boca de una desplazada del río Atrato, de una auténtica líder (o lidessa, como se prefieren llamarse las mujeres), pero son en realidad el fruto de años de resistencia, de trabajo y de elaboración del duelo producido por el desplazamiento.

Cenobia es todavía joven. Uno de los hijos llegó muy pequeño al municipio de Arjona (Bolívar), huyendo con sus padres y una tía del conflicto en Vigía del Fuerte (Atrato antioqueño). Él es parte del largo recorrido de sus progenitores desde el lugar de origen a causa de la guerra. Ella cuenta esa travesía con lágrimas, porque la casa, su madre, su territorio, su cultura, quedaron atrás. Ella se siente chocona por todos los costados. Es cierto, como dice, que en Arjona la mayoría es afrocolombiana, pero la cultura es muy diferente, y les tocó adaptarse a estas nuevas condiciones para salvar sus vidas.

Todo comenzó hace unos años, en su región del río Atrato. Allí había un grupo armado y sometían a la gente mediante el terror, la torturaban, la ponían a llevar sol y agua. A las seis de la tarde todo el mundo tenía que estar encerrado en su casa, incautaban la mercancía que llegaba para sitiar por hambre y desesperación a las comunidades. Muchos empezaron a huir en lanchas a Quibdó y de allí a otras partes. “Eso fue un poco antes de la matanza de Bojayá, una matanza que estaba anunciada, se sabía que se iban a meter allá. Por temor, la gente subía en lanchas de la isla de los Palacios, de Curbaradó, subían a Quibdó. Fue muy tenso eso. No había avionetas disponibles de Vigía a Medellín. A mi mamá le gustaba ir a huelgas en Quibdó. Ella se quedó”.

Cuando la familia decidió huir de lo que se veía venir, al llegar a la desembocadura del río Curbaradó los ilegales hicieron detener la canoa. “Fue ahí cuando vi frente a frente a esa gente, esas caras terroríficas, no sé qué grupo era”. Se fijaron mucho en el esposo de ella por su aspecto joven, fuerte, era de la gente que ellos necesitaban. Uno de los del grupo

preguntó: “¿Y este qué, capitán”. Pero no se lo llevaron, se llevaron a dos, pero al esposo lo dejaron. Cenobia le había dicho: “No hable, nos los mire a la cara, no respire, porque se lo llevan. “Vigía Curbaradó tiene un brazo de río y ese era el territorio de ellos. Cuando llegamos allí apareció una chalupa con gente armada hasta los dientes, horrible”.

En Arjona tuvo que echar mano de toda su fortaleza para sobrevivir. No conocían a nadie. Alquilaban una pieza en una casa. Vivían en hacinamiento. Entonces se acordaba de su casa de dos plantas, grande y digna, donde su mamá le enseñaba muchas cosas, juegos y rondas, preparación de alimentos. Ahora tenía que salir a la calle a pedir plata a quienes pasaran para sobrevivir. “Aguantamos hambre”, dice sin resignarse. Después ella y su hermana decidieron pescar; cavaban la tierra en busca de lombrices y se iban de pesca. Cogían bastante pescado, entre ellos el *viringo*, que en Arjona le llaman *mayupa*, pero no lo comen.

Consiguieron un terreno que había pertenecido a una monja y la gente los alentó para que construyeran un espacio para ellas. Lo limpiaron con ayuda de la gente y construyeron un cambuche. “Era muy chistoso –dice-. Cuando llovía, mi hermana y yo nos arrodillábamos a rezar para que el cambuche no se nos cayera”. Pero así empezó una cadena de buenas noticias que ahora ella recuerda con agrado, que le borra las lágrimas del comienzo.

Su hermana conoció al padre Rafa y con él organizaron el primer censo de desplazados. “Ahí empezó la lucha por los derechos de los desplazados”. Con el apoyo de una ONG consiguieron un terreno y mediante minga empezaron a adecuarlo para que sirviera como comedor para niños de las familias desplazadas. La hermana se capacitó en preparación de alimentos y ella como promotora social para niños. El comedor se construyó y ella lideró el proceso, con más de 350 niños. Ella cuidaba directamente de 50. Se sabía los nombres y las direcciones de todos, cuando faltaban iba a cada casa a buscarlos. “Fue el reto más grande de mi vida”, confiesa sonriente.

En su casa había aprendido la hospitalidad, que si alguien llegaba debía ser bien atendido. Una niña en discapacidad recibía discriminaciones por parte de los mismos niños. Ella la acogió y la hizo ser parte del grupo, en igualdad de condiciones.

“Yo tengo un privilegio de Dios, a donde voy le agrado a la gente, le caigo bien a la gente. La nutricionista de la ONG llegó al comedor un día con el esposo y nos preguntó cómo vivíamos, le respondimos que en un cambuche. Nos regaló 12 láminas de cinc y con eso organizamos el techo”. Ya tenían un poco más de comodidad para vivir, pero no era suficiente. Ella tuvo que buscar trabajo en casa de familia y de lo que ganaba le daba a la hermana para la comida, para las necesidades. “Dejé un poco el liderazgo”. Pero luego vino una Fundación llamada Tierra del Hombre y la hermana se capacitó en liderazgo comunitario. Entonces tomó las riendas. Cenobia se metió a hacer un curso de salud pero tuvo problemas con la capacitadora y se retiró.

Como los desplazados no estaban todavía organizados, la JAC era la que administraba los recursos que se conseguían. La hermana embargó al esposo y con esa plata legalizó la corporación que habían creado. Fue un nuevo momento, en el que siguieron las capacitaciones, las luchas con la Alcaldía, que nunca aporta un peso para nada, “porque no hay plata”, y ella con la franqueza que la caracteriza le pregunta al alcalde qué hace allí sentado, que no cumple con la ley.

Lo que más extraña de su casa es la dignidad y la holgura. Las costumbres acá son diferentes. Allá había velorios durante nueve noches, se tomaba mucho tinto. Allá ella no le decía una mala palabra a nadie, pero acá es necesario decirlas “porque si no se la montan a uno, porque les parece que si uno no las dice es porque le tiene miedo al otro”. Acá no se hace panela, porque no hay cañales ni trapiche. La madre hacía panelas. Ellas le ayudaban. Acá hacen algunos dulces de maíz, pero no es lo mismo. “He cambiado bastante, pero no del todo”.

Lo que más ha tenido, dice, es perseverancia, porque “este trabajo es de lucha y perseverancia”. Su madre murió hace un año y no pudo ir a su entierro porque les avisaron que si iban las mataban. Tiene ahora 5 hijos, y se separó del esposo.

La Corporación Corpodiar, se legalizó en 2003. En Arjona hay 400 familias afros e indígenas desplazadas y a todas se les avisa para que asistan a los talleres, para que se informen y reclamen sus derechos. Hay buena relación con los indígenas. No se ha

conformado un Consejo Comunitario; existe un resguardo zenú en la zona. Tienen ya una cooperativa –Corpobollo- para impulsar la generación de ingresos, en la que se capacitan para producir maíz, artesanías del maíz y medicina basada en el maíz, porque las barbas, son medicinales, se comercializan pero de manera rudimentaria. Requieren cursos de actualización, y sobre todo quieren una Casa de la Cultura.

El taller que recibieron, patrocinado por la OIE y Mincultura, *Cultura, identidad y memoria*, quieren que se repita con ancianos y niños. Los viejos son importantes, porque portan la memoria, y los niños son los que llevarán adelante la cultura.

Cenobia conserva algunos sueños: quisiera estudiar abogacía para defender mejor a su gente; quiere dejar a todos sus hijos estudiados, para que se sientan orgullosos de ella, porque aunque le tocó recorrer la ceca y la Meca, siempre estuvo con ellos. No estudió enfermería, que era lo que más quería, pero siempre estuvo luchando por los derechos de la gente.

Cenobia ya no va mucho a los eventos, pero no ha dejado el liderazgo, “porque esto es como un vicio, entre más se conoce y se hace, más ganas dan de seguir, algo la jala a una”.

## SIGO AGRADECIDA DE LA VIDA

*Gladis Velasco de Cortés*

**Buenaventura**



Todos los que la conocen se refieren a ella como una mujer excepcional. No por algo fue postulada en una reunión nacional de personas en discapacidad como merecedora del mayor premio por su esfuerzo, su tenacidad y su dedicación a las personas que han sufrido algún grado de discapacidad, sobre todo los niños y las niñas.

Nació en Guapi, en 1944, cuenta ella. Sus padres fueron Alberto Velasco y Aura Angulo, ambos fallecidos, al igual que sus hermanas. La ruta que siguieron sus padres cuando ella era muy niña fue la misma de los incontables paisanos que emigraron a Buenaventura. Allí

empezó sus estudios y logró graduarse con alguna dificultad en la Normal Juan de Ladrilleros, en 1972, porque ya había comenzado su problema visual, un glaucoma que seguiría su curso.

Sobreponiéndose a todos los obstáculos, ella resume así su aprendizaje y la formación de su familia:

*En el año 1972 me gradué como normalista, mis primeros pasos de docente los hice en la escuela San Jorge en un convenio Municipal, luego fui nombrada oficialmente en un caserío llamado Bracito (río Anchicayá) zona rural del municipio de Buenaventura. Trabajé un año en este lugar y luego fui trasladada a Buenaventura a la escuela María Auxiliadora, donde tuve la oportunidad de estudiar la licenciatura en Básica primaria en la Universidad San Buenaventura de la ciudad de Cali, viajando los fines de semana con mi hijo de 5 años, quien se convirtió en mis ojos permitiéndome alcanzar el sueño de graduarme en el año de 1986 como licenciada en Básica primaria.*

*En el año 1973 contraí matrimonio con el señor Saulo Cortés, de esta unión nacieron tres hijos, dos varones y una mujer que gracias a Dios son nuestro apoyo, ellos son: Wilmar Ferney s, Saulo y Madeleys Cortés Velasco. Este grupo familiar ha sido uno de los alicientes más grandes que día tras día me da apoyo en las cosas que realizo, todos están inmersos en las actividades que me propongo realizar en favor de aquellas personas que lo necesitan.*

*Finalizando la década del 90 hice una especialización en Pedagogía en la Universidad del Quindío sede Buenaventura; de la misma manera como avanzaba mis deseos de formación también avanzaba el problema de la visión (la iba perdiendo paulatinamente). Gracias a la grandeza de Dios siempre he encontrado personas que me han servido de lectoras ya que mi memoria tiene una capacidad de asimilar los conceptos con facilidad.*

Recuerda como “muy bonitos” los tiempos en que alternaba sus estudios con los grupos que organizaba el extinto obispo de Buenaventura Monseñor Gerardo Valencia Cano, al que acompañó en largas correrías por zonas rurales llevando una palabra de dignidad y esfuerzo.

Sus compañeras dicen de ella:

*La “seño” Gladys como le dicen, es una mujer que desde su juventud entendió que la luz de*

*sus ojos se iba apagando y que era necesario aprender nuevas formas de ver para que sus sueños nunca se detuvieran, la señora Gladys entendió que el camino era el descubrimiento de sus habilidades y en este propósito nunca se ha detenido ante la imperiosa necesidad de apropiarse del conocimiento.*

Su primera lucha por las personas en discapacidad de los barrios marginales de Buenaventura arranca en 1995, siendo docente de la Concentración Francisco José de Caldas, cuando en su barrio conoció a una niña de 14 años, con pérdida visual. Conocedora de las políticas de inclusión, la invitó a matricularse. Pero la dirección de la Institución no lo permitió y tuvo que acudir al ex alcalde de Cali, Apolinar Salcedo, para que diera unas charlas de sensibilización. Finalmente le abrieron las puertas a la niña, aun sin docentes especializados en método Braille y la niña dio tan buen rendimiento que superaba a sus compañeros videntes.

Luego vendrían otras actividades con Fundispa, Fundación para el desarrollo de la Costa Pacífica, creada por discapacitados en 2004 y luego con su propia Fundación Nueva Luz, que preside, desde donde promueve la enseñanza y las habilidades artísticas a niños y niñas del barrio Alfonso López, a los que recoge y les brinda alimentación mientras las madres trabajan. La Fundación Batuta la apoya. El Ministerio de Cultura, la ha apoyado mucho con los programas de Inclusión, Visibilización y Trato diferencial que promueve la Dirección de Poblaciones.

La vida, dice ella, ha sido generosa porque le ha permitido ayudar a los demás. Y no es extraño oír esas palabras de labios de una mujer que se formó en los principios humanísticos y religiosos de Gerardo Valencia Cano y que fue docente con limitación visual durante 22 años y durante 12 con pérdida total de la visión. Y –dice- sigue agradecida de la vida.

## ME GUSTABA MÁS LA LENGUA DE SEÑAS

*Silvia Sánchez*

**Bogotá**

Meses después de haber nacido, una fiebre demasiado alta le arrebató la audición. Fue un tío el que se dio cuenta, pero era ya tarde. “Me convertí en sorda profunda”, dice ella, mediante el intérprete de señas. Y aunque pudo haberse convertido en una mujer bilingüe, su apego a la lengua de los sordos fue más fuerte y prevaleció sobre el deseo de sus padres de que se olvidara para siempre de las señas y utilizara sólo el lenguaje oral.

Lo cuenta con soltura, porque fue una decisión que en su familia parecía extraña, rebelde, sobre todo si se considera que tanto en casa como en el colegio la castigaban si hablaba con otras muchachas sordas en lengua de señas. Su identificación con la comunidad de sordos fue total y no dudó un solo momento en adoptar su lengua para siempre.

Sin embargo, su familia se preocupó siempre por su educación formal. La matricularon en el Instituto de la Sabiduría, donde había niñas sordas pero no se hablaba la lengua de señas, y se sintió perdida. El interés de la mamá era que oralizara, que hablara, y para ello la mantenían en sesiones de terapias del lenguaje. Las Hermanas Hilda y Luz Marina la estimulaban hacia la audición y el habla y ella sentía que progresaba bastante. Hasta que vino el gran susto: “Un día estábamos en el laboratorio de audiometría y escuché de pronto ruidos de animales, ladridos de perros, y eso me asustó y de paso asustó a los demás, que comprendieron que yo tenía posibilidades de oír. Le informaron a mis padres y mi papá me compró uno audífono, que no me gustó, era muy antiguo, con un cable y un aparato que se colgaba en el pecho y se dañaba a cada rato”.

La hermana mayor de Silvia era oyente y estudió fonoaudiología para ayudarla. Con ella realizó terapias, además de las dos terapias que recibía en una clínica. La madre estaba muy contenta con los avances. “Pero en realidad a mí me gustaba más la lengua de señas y la hablaba a escondidas. En el colegio La Sabiduría las castigaban si las encontraban

hablando en señas. “El castigo era pegarnos en la palma de la mano. Nunca olvidaré ese castigo”. Terminó el 4º de primaria, con la recomendación de que la trasladaran a un colegio de oyentes. Ya sabía leer y escribir, era muy inteligente, también podía hablar, tenía un gran repertorio de palabras, pero se aburría en las reuniones familiares en las que siempre se hablaba lo mismo: “¿Qué tal, cómo estás?”. Ella pensaba sólo en sus amistades sordas.

En los colegios de oyentes perdió algunos años, pero finalmente pasó al bachillerato, aunque no se sentía feliz. Con mucho esfuerzo, aprendió lo suficiente. La profesora la ayudaba, la hermana también. Con su madre en cambio seguían los conflictos, porque no la dejaba reunirse con sus amigos sordos. “Fuí paciente. Me gradué de bachiller. Era la única sorda en el colegio. Mi familia lloró de alegría. Fui a la universidad y estudié Diseño publicitario”.

Su experiencia laboral en el mundo de los hablantes fue fructífera, aunque muy corta. El primer trabajo fue en Artesanías de Colombia. Fue un trabajo que le gustó muchísimo y por el que le pagaban 6.000 pesos mensuales, bastante para la época. Su trabajo consistía en hacer diseños para que los artesanos los ejecutaran. Vino una reducción de personal y tuvo que retirarse. Trabajó luego en una empresa de publicidad, pero la echaron “porque se la pasaba hablando y no rendía”. Allí aprendió a diagramar libros. Su última experiencia fue el diseño de rostros de muñecas en una empresa sofisticada donde tenía un buen sueldo y allí también hubo recorte de personal.

Hasta que encontró el mejor trabajo: diseñar una cartilla para lengua de señas, con Fenascal. La madre logró finalmente entenderla y le dio total libertad para vivir ligada al mundo de los sordos. Ya había cumplido 30 años. Fue invitada a la Asociación, donde conoció muchos amigos. Allí se bebía mucha cerveza y se bailaba. Se lo manifestó a la Directiva, porque la imagen de la Asociación no era la mejor, sobre todo para los niños que llegaran allí. Ante su preocupación por la imagen de la Asociación, la nombraron Vocal en la Junta Directiva. Poco después el Presidente de entonces debió tomar otro cargo y

ante esa situación le propusieron la Presidencia de la Asociación, que ejerció entre 2001 y 2005.

En los primeros tiempos, incluso cuando ella tenía que ir acompañada o a escondidas de su madre a las reuniones de sordos, debía estar siempre a las cinco de la tarde en la casa, porque su madre se enojaba. Era muy tímida. Esos tiempos cambiaron, las mujeres se volvieron más autónomas. En ese tiempo los hombres en las reuniones eran muy coquetos y eso también frenaba mucho la presencia de las mujeres. Ahora participan de igual a igual. El machismo no era muy acentuado. Pero antes en una reunión se contaba una mujer entre un grupo de hombres. Ahora hay grupos de hombres y grupos de mujeres. Le encantan los jóvenes actuales porque son muy descomplicados en la manera de vestirse. Incluso los mayores han ido aprendiendo a descomplicarse. Antes los hombres iban con saco y corbata a las reuniones. La vida y la moda han cambiado.

Su padre murió y su madre seguía preocupada por su futuro. Un abogado del Instituto Nacional para Sordos –Insor- las apoyó y finalmente lograron que la pensión de su padre fuera trasladada a ella. Su futuro dejó de ser incierto para su madre. Y ahora puede hablar en lengua de señas siempre.

## PERDÍ LA JUVENTUD Y NO CONSEGUÍ UN RANCHO

**Antonia Fuentes**

**Manaure (Guajira)**

Doña Antonia vive rodeada de hijos y de nietos en el barrio El Carmen de Manaure, en donde reside la mayoría de la población afro, desplazada de Cartagena y de otros lugares del Caribe por diversos motivos: la búsqueda de trabajo en las salinas, el conflicto interno, en todo caso debido a la falta de trabajo en sus lugares de origen. Lleva 36 años en Manaure. “No había ni luz”, dice la hija, en ese Manaure que había perdido su pujanza con las salinas y ahora volvía a repuntar como sitio de trabajo para gente de diversos lugares del Caribe, indígenas y afrocolombianos. “Esto era barro”, dice ella. El barrio prácticamente lo fundaron cartageneros. La gente se apoya. Dice que no aprendieron a criar chivos, una práctica fundamental de la vida de la Guajira, a donde llegaron los chivos por los españoles y los africanos aportaron prácticas de ganadería.

La historia se va contando de manera entrecortada, a fragmentos. Porque parte de la familia –hija, nietos- está rodeándola y cada uno quiere agregar lo suyo; o porque los recuerdos son muy lejanos y hay episodios que no quisieran recordarse, o porque muchos sueños no se han logrado y eso frustra la voz de la matrona que sigue viviendo en condiciones difíciles. La familia vive en varias casa que alquilan . No han logrado conseguir casa propia y a ella –que llegó a Manaure a lavar y planchar ropa en casas de familia- ya no le dan trabajo. “Con el asunto de las lavadoras ya no lo buscan a uno”. Pero también es cierto que ella cumplió ya ochenta años, “dése cuenta, ¡y todavía luchando la vida!” Aun así, reconoce que el mayor problema que tiene es el del agua, que como todas las casas de Manaure tienen que comprarla en los carrotanques porque no hay acueducto.

Las voces de la hija y de ella se entremezclan. Son rotundas, caribes, con el dejo cartagenero que cambia el sonido de algunas letras finales. Es una voz completamente diferente en una comunidad donde predominan las voces de origen wayúu, cuando no el

wayúunaiki mismo. Al fondo se escucha un vallenato y un crecido nieto de Antonia lo tararea.

La primera casa donde vivieron quedaba en Manaure Abajo, donde la producción de sal está estancada por el invierno y donde realmente se fundó el pueblo. Se vino de Cartagena con una hija que ya murió. La hija se regresó a Cartagena, y ella se quedó en Manaure. Se quedó con los hijos menores. “Aquí me ha ido bien. Estoy tranquila, no he buscado disgusto con nadie, me quieren muchísimo. ¡Ajá! vine aquí a Manaure a trabajá”. Dice mientras se ríe de manera franca y muestra sus encías despobladas.



Dice que muy poco puede contar de Cartagena. Ha vivido allá, pero no trabajaba allá. “La vida era tranquila en Cartagena, la gente con uno no quería fiesta, entonces jajá! se me metió la cosa de venirme para acá, porque la hija mía fue la que me metió venirme para acá. La hija se vino primero y a los dos meses me fue a buscar. Ella hacía lo mismo que yo vine a hacer acá: lavar y planchar. En Cartagena yo no hacía nada, yo vivía en mi casa nada más”. La hija le reconviene, que cuente la *veldá*, que diga que se vino a trabajar para tener casa propia. Ella lo admite: en Cartagena no tenía vivienda propia. “Y aquí perdí toda mi juventud, aquí en Manaurem, y todavía no he podido hacer un ranchito (...) Aquí tengo mi solarcito y estoy viendo cómo levanto un ranchito”, dice esta vez con enorme esperanza.

Sus palabras se confunden con el tráfico de camionetas 4 X 4, símbolo de poder en la región, con el ruido de los camiones Ford de los años 50, con las personas que anuncian la venta de carbón. El rostro de Antonia es sereno, no se descompone ante los malos pases de la vida.

Nunca trabajó en las salinas. Tuvo doce *pelaos*, “que crié con el sudor de mi frente”. Murieron dos, un varoncito que murió de lombrices, tenía año y medio, y a la muchacha le pusieron algo que la volvió pura llaga, estaba joven, tenía 35 años, dejó hijos, vivía aquí en la Guajira. “Era una mujer muy buena”.

El marido se enfermó y lo llevaron a Cartagena, donde murió. Trabajaba en fincas, él ordeñaba, ya sabía ese arte desde chiquito en Cartagena. “Ese señor me quería en pila<sup>4</sup>. Se llamaba Melanio González. Murió como que fue de una apostema, de allí le vino la enfermedad. Lo llevamos donde el médico y ya no le hizo nada. Murió hace 26 años. Tenía 40 años, murió jovencito. Tengo aquí tres hijos que me quieren también mucho, no quieren nada malo conmigo. Viven por acá. Hay dos trabajando en las pilas (de sal). Tampoco tienen casa. Unos tienen mujer, otros no. Una de las mujeres es de aquí, las otras son del pueblo (de Cartagena)”. “¿Que cuántos nietos tengo? ¡Eeerdá! ¡Ni le sé decir la cuenta, vea!”

---

<sup>4</sup> Mucho.

En Cartagena vivían en el barrio Olaya. “Todo el mundo se quería, si uno pedía un servicio se lo hacían. No se bailaba champeta en ese tiempo”, dice de manera jocosa. Va y viene, va a ver a su gente pero ya no se queda en Cartagena. La hija paga ochenta mil de arriendo y treinta mil de servicios. En la casa Antonia vive con otra hija y su yerno, y los nietos. Allí se reúne toda la familia en Navidad, y en el día de la fiesta de la madre. “Hacen una recochita, un sancochito” y la pasan muy contentos.

Lo que más extraña de Cartagena son los solares, la gente que fue muy buena con ella. “Por allá es muy bueno”, repite, “por allá tengo familia, tengo mis primos”. Pero el barrio llegó a ser peligroso. Nadie podía salir de noche. Ahora está compuesto. Mataban y robaban mucho, había pandillas. Por eso se vino su hija, aunque la familia no tuvo problemas nunca. “Pero si tuviera un ranchito no estaría por aquí, ya me habría ido”.